

JOSE LUIS GALLARDO

EL CERCO DEL LENGUAJE

THE HOUSE OF THE SEVEN GABLES

(Hawthorne)

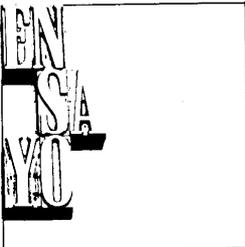
*The house was quiet and the world was calm.
The reader became the book; and summer night.
Was like the conscious being of the book.*

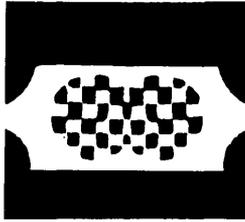
WALLACE STEVENS

Durante muchos años la casa permanece.
Con esplendor severo al principio; menguante
su gala en posteriores épocas: su externo
azar nada difiere al de los moradores.
Ahora crece el musgo en la pared, y buscan
acomodo los cuervos en los hoyos que el agua
ha cavado. Del vasto jardín en el buen tiempo
cubierto de profusos colores y perfumes,
sólo un olmo subsiste, y contados arbustos
que florecen el aire del hechizo: no en vano
los años y la usura transcurrieron, herraje
hostil en carne viva. Pero aún en los días
más crueles, cuando ceden a invencible infortunio
(crimen, ruina, dolencias) los miembros valerosos
de la familia Pyncheons, su apariencia mantuvo
inalterable el hueso de los siete tejados.
Un ánimo infrangible ajeno a la fortuna
humana, prevalece en el ser de la piedra,
la madera: el hogar (cuyo origen refieren
oscuro y sanguinario); en sus límites nace
y muere un mundo autónomo que no frecuenta el habla
estridente, ni el trato excesivo de pueblo
mercader.

Así Hépsilah, miope, vieja y reumática
Pyncheons, la solitaria y última, habla al espejo
turbio mientras dispone su atuendo. Luego baja
los escalones, entra, derrotada y doncella,
a ejercer el oficio que la mantiene: su
tienda de diez centavos.

LAZARO SANTANA





Si ahora, cierto placer, digo, me colma, si no es abusar, un descrédito, es que restaño, algo, poco, una nada —señalaría Mallarmé, de aquello, hay que decirlo, laguna, agujero, donde naufraga mi discurso consciente. Algo así como en el poema, un acertijo, artificio luliano, me alarga, porque hechura de símbolo, a un habla. más allá de lo individual, religada, aquello que, “subjetivamente” experi-

mento; con hechos que no conozco, conecto; pues que en mi discurso logrado, fallo. Abocado a un distanciamiento, en el poema, indago, lo que la retórica tiene por misión ocultar: —la gota de tinta emparentada con la sublime noche—

mi lenguaje, sin el que nada soy, *relativamente a la personalidad, de aquel que me escribe,* —y Mallarmé concluye: *empujar ese lenguaje hasta sus mismos límites para saber de qué se trata, de quién es cuestión en nosotros mismos.*

Lo que importa es saber a qué puerta se llama, cuando el poema, ante nuestros ojos, en derrumbe, se despliega. Ya es despojo, pues que nace. Inútil indagarlo en lingüística, reglas de composición, mejor lapsus, resquebrajaduras. El llamado es el sujeto, sólo él —dice Lacan, puede ser elegido. Hay algo siempre, en el poema, de humilde, algo que viene de lejos, de habladurías, de lo que escapa, balbuciente, a la imposición. El poeta se aproxima, titubea, cierta relación con su deseo, en acto, en el poema. Aquello que “no cesa de no inscribirse”:

Der Nabel des Traums (el ombligo del sueño) freudiano. Buscamos en el poema lo que ya hemos encontrado, y pedimos que se nos lo repita, y una y otra vez, *con las mismas palabras.* Dentro del poema, retornamos, paralizados, al lugar que, en tanto sujetos, en tanto pensamos, nunca encontramos.

¿Qué se muestra aquí? Algo para alguien, evidente, pero también, nos damos cuenta, un sujeto para otro significante. En nuestra lectura, sin embargo, al mismo tiempo, lo presentimos, un devenir ausente/inconsciente, se oculta. Una escritura que Mallarmé sitúa del mismo lado del mundo: escritura sobre escritura. *La naturaleza tiene lugar, no se le añadirá nada más.*

La miope, vieja y reumática Hépsilah, ya no habita la casa, en sentido estricto, sólo transita, circular, efecto de lenguaje, ahora ruinas, turbiedad, como así el espejo, donde se observa, *in effigie*, cuyo azogue increpa, desde la esterilidad, lengua muerta, por el lado de allá. Su morada, hueco entre palabras, a cuyo través accede, incluso cuando retorna, podemos leer, derrotada y doncella, a ejercer el oficio que la mantiene: su tienda de diez centavos.

Si es que el poema, en concreto, su deriva, en un exterior, *a priori* escrita, nos incumbe, huella digital, no se menciona, azar mallarmeano, ese blanco serpentea, y significa. Porque no queda, de ningún modo dicho, simultáneamente, podemos constatar, así mostrad-

do, aquello que los tipógrafos con precisión, gráficamente, denominan, una calle en el texto. El sentido en ambas direcciones circula. Espaciamiento, que la cesura entre hemistiquios impone, como grieta, rostro de Hépsilah, y sucesivos disfraces. Más acá, la palabra, como borradura, merece consideración: “*Y cuando se alinea en una rotura, la menor, diseminada, el azar, vencido palabra por palabra, indefectiblemente el blanco vuelve, para concluir que no hay nada más allá y autentificar el silencio*”.

Finalmente, Lacan y Mallarmé, en primer lugar, parafraseados, ruego excusen, desaguizados apar-

te, de atrevimientos, digo, lo que el lector acaba de leer, si es que lo ha hecho, no es una crítica (al uso). Ahora bien, lo que se lee, es de eso que hablo, puesto que lo digo, al inconsciente va dirigido, vale decir, a lo que se da a leer, ante todo. ¿Es preciso que insista?, y Lacan se contesta: —Naturalmente, puesto que aquí no escribo. Si lo hiciera, epiborraría mi discurso, no lo epilografía.

NOTA BENE

Este breve texto se da, ahora, como anticipo, de otro, más extenso, que lo engloba, en múltiple sentido, pues de otros varios autores y poemas se hace referencia, que llamamos, *Negro sobre Blanco*, en homenaje a quien, lo bastante tenaz, penetrante visión, Stéphane Mallarmé, palabra tras palabra, elevara al fin “una página a la potencia del cielo estrellado” que dijo Valéry.